

## Rubén Darío, el "liróforo celeste" de las letras hispanas

Por Ernesto Bustos Garrido

Hablamos de Modernismo y surge de inmediato el nombre de Rubén Darío, tal como aconteció con Zola y el Naturalismo, Juan Gris y el Cubismo, Picasso en lo abstracto, Duke Ellington y el jazz, Neruda y la poesía Cósmica, y Mahatma Gandhi con la Libertad. Cada uno es una ecuación, o más bien una simbiosis entre sus vidas y su obra o legado. Y en el caso del poeta nicaragüense, se agrega un sonido nuevo en las palabras, una estética en los parlamentos dirigida claramente hacia la belleza y una forma elegante y pulcra de crear prosa, lírica y canto, buscando la perfección.

El Modernismo literario se puede definir como un movimiento de ruptura con el canon vigente en las letras, la escultura, el diseño y hasta la pintura, que se inicia en torno a 1880 y alcanza su desarrollo pleno cuando estalla la Primera Guerra Mundial (1914). Tal ruptura se enlaza con la amplia crisis espiritual de fin de siglo XIX.

Cuando Darío llega a Europa, en los albores del nuevo siglo, trae el embrión del cambio y la renovación, en las solapas de sus gabanes, en las bastillas de sus pantalones y en la cinta multicolor de su sombrero. Quiere decir cosas bellas, alentar a las alondras, mover las nubes, hacer sonreír a las musas, con un lenguaje hecho de escogidas palabras, leídas y vistas en los textos del medioevo.

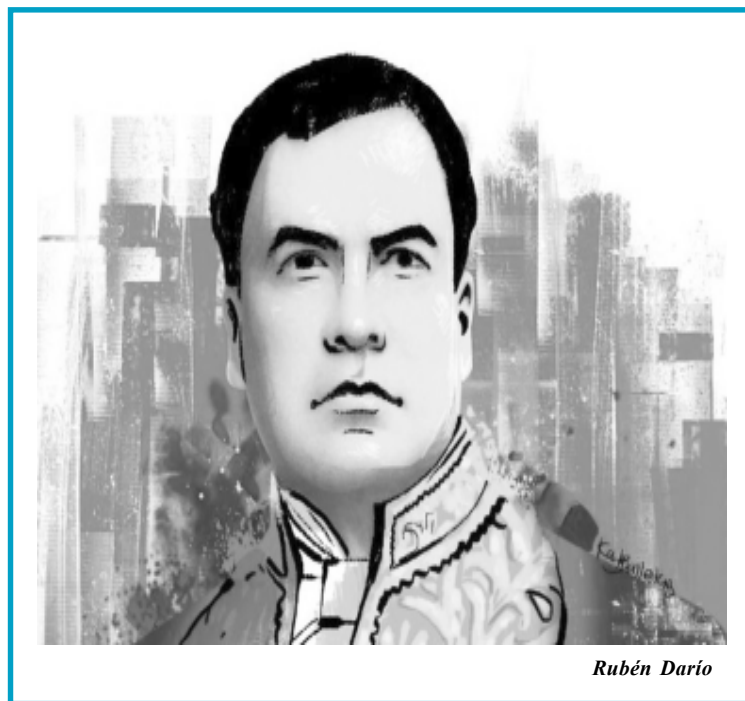
Empieza desde pequeño escribiendo garabatos –engendros de poesía– en los cuadernos de sus amigas y conocidas, durante las fiestas en casa de su tía Rita Darío de Alvarado,

en la ciudad de León. Tiene trece años y ya lo motejan de bardo. Aprovecha este don para hacer conquistas o intentar hacerlas, y como es enamoradizo, obtiene algunos logros. Se enamora perdidamente de una chica que pertenece a un circo. Pareciera que es trapecista. Se llama Hortensia Buislay. Está prendido de ella, de sus formas, pero no tiene dinero para cubrir el costo de la entrada. Entonces, para verla en cada función, se ofrece para cargar los instrumentos de la banda o realizar cualquier tarea de mozo y muchacho de cuerda. Logra que la chica le preste atención. Algo sucede entre ambos y cuando el circo debe partir, Rubén decide unirse a la tropa. Le preguntan si tiene alguna habilidad. No sabe qué responder. Les dice a tontas y a locas que puede hacer de payaso. Lo ponen a prueba, pero no da el ancho y debe quedarse en tierra como el aspirante a marinero. Ahí termina su enamoramiento con la trapecista.

Sigue escribiendo versos y su familia se traslada a Managua, la capital de su país. Ahora los cuadernos de las chicas le llegan hasta la puerta de su casa. Conoce a una que le desfonda los bolsillos de sus pantalones. Es la tal Murillo, una mujer que resultará fatal en su vida. La joven no es una belleza en el sentido clásico del término, pero posee una mirada profunda y escrutadora. Rubén la empieza a cortejar y el polo positivo hace contacto con el negativo. Salen chispas....

Él la describe así: rostro ovalado, color levemente acanelado, boca cleopatrina (!!!), ojos verdes, cabellera castaña,

cuerpo flexible y delicadamente voluptuoso que traía al andar ilusiones de canéfora. ¿Qué más podía pedir? Ella, además, cantaba y tocaba el piano. Por las tardes van al lago Managua a ver las puestas de sol. Rosario, tal es su nombre, le ataca y le da un beso en la boca. Él lo recordará como el primero en su vida. Pero viene un viaje, casualmente a Chile, donde toma contacto con el mundillo social y literario de Valparaíso y Santiago, algo más desarrollado que



Rubén Darío

del mundo centroamericano. El viaje pone distancia con la Murillo. La relación a nada bueno podría conducir. Años más tarde probará la hiel de esa relación. En Chile hace nuevas amistades, entre ellas el hijo del presidente Balmaceda. Comparte en los salones de la casa de gobierno (La Moneda) con el mundo intelectual. Como resultado de este intercambio, sale Azul, según muchos la piedra fundacional del Modernismo. Pero la estadía es breve –tres

o cuatro años– y cruza Los Andes y llega a Argentina. Hace de corresponsal y dicta charlas.

Cuando cumple 22 años regresa a Nicaragua, donde es recibido con aplausos y la crítica lo alaba. Azul le ha abierto las puertas. Entonces retoma aquellas antiguas amistades, especialmente una que había quedado en suspenso. Se trata de Rafaela Contreras Cañas, "Rafaelita". Ella es costarricense. Es corta de estatura, pelo castaño, tez morena y grandes ojos negros. De gran simpatía y oculto encanto. Escribe cuentos. A través de un amigo común los hace llegar a la redacción del diario La Unión, donde Rubén es el director. Él, sin saber a quién pertenecen (ella los firma con el seudónimo de Stella), los publica en el suplemento literario. Hay buena acogida de los lectores. Son piezas frescas, de prosa diáfana y sencilla. El amigo –Tranquilino Chacón– debe dar a conocer la identidad de la autora. Darío se lleva una grata sorpresa y emprende el ataque final a esa amistad antigua, la que unos años más tarde se plasmará en matrimonio. el 21 de junio de

decisiva cuando él se enamora en Madrid de la hija del jardinero de la casa de campo de los Reyes de España. Ella es analfabeta, sin mucha fineza ni trato social, pero con gran carácter. Es doña Paca, la mujer que ocupa el sitio más importante en la vida amorosa de nuestro "liróforo celeste".

Así, en la bitácora sentimental de Darío quedan los recuerdos de Rafaelita, ese hijo que está al otro lado del océano y los cuentos que ella firmaba como Stella.

Para Costa Rica y los seguidores del poeta, estos textos son un tesoro. Doña Rafaelita Salvadora Contreras Cañas es una figura emblemática de las letras "ticas".

En su autobiografía relató que sus padres se casaron por conveniencia y se separaron a los pocos meses, dejándolo al cuidado de sus tíos Bernarda Sarmiento y el coronel Félix Ramírez.

En España el escritor entró en contacto con intelectuales y bohemios. Gracias a ellos, tuvo sus primeros acercamientos a la cultura, ya que en la noche organizaban tertulias, con la intelectualidad de la época.

Comenzó a leer a los tres años y una década después ya era un poeta conocido, por lo que sus estudios con los jesuitas fueron una mera formalidad, así lo destaca el sitio "Biografías y Vidas".

A los 14 años, cuentan, comenzó a trabajar en diferentes periódicos de Nicaragua, y un año después viajó a El Salvador, donde al poeta Francisco Gavidia, junto a quien comenzó a adaptar el verso alejandrino francés a la métrica castellana.

Vivió lejos de la opulencia burguesa a la cual aspiraba, para vestir de forma elegante, así como a la altura de su círculo social, llegó a alimentarse de pescado y cerveza, destaca la biografía que de él publica.

El llamado "Príncipe de las Letras" también fue embajador de Nicaragua en España.

En 1887 publicó su primer libro de poemas, gracias al escritor Pedro Balmaceda Toro, quien lo animó a presentarse en diferentes certámenes; al año siguiente escribió el punto de partida del modernismo, "Azul", publicación que le permitió ser corresponsal del periódico La Nación.

Pasa a la Página 13